

## EL SEGUIMIENTO DE JESÚS, CONTEMPLADO EN LOS EVANGELIOS, ¿DA EL TONO A NUESTRA IGLESIA?

P. Pedro Trigo, S.J.\*

### **ABSTRACT:**

*In the first part we will examine different models of relationships with Jesus of Nazareth. First, Jesus attracts us from the Father through the infinite weight of his humanity by serving the poor. Second, the way to know Jesus is through the reading of the Gospels. We will develop this relationship as it is proclaimed in the Second Vatican Council. Finally, we will reflect about the reception of the Council in our country, and how was it assumed in the Plenary Council of Venezuela. We will review the images of Christ and will assume the historical relevance of the Gospels in order to know and follow Jesus today.*

**KEYWORDS:** *Jesus, Gospels, Dei Verbum, Following in the Footsteps of Jesus, Jesus and Christinity, pietism, option for the poor, Paradigm of humanity*

En un estudio sobre la recepción del Concilio en nuestra Iglesia, con motivo de cumplirse este año los cincuenta de su inauguración, no puede faltar el análisis del cambio que propició el concilio en el modo de relacionarse con Jesús y al grado en que hemos asumido ese cambio. El cambio se refiere ante todo a la fuente a partir de la cual nutrimos nuestro conocimiento y relación con él. El paso que propició el concilio podemos caracterizarlo así: De una Iglesia que se relacionaba con su Señor Jesucristo a través del año litúrgico y las devociones, a una Iglesia

---

\* **Pedro Trigo**, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLaT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo... Correo electrónico [trigodura@gmail.com](mailto:trigodura@gmail.com)

que lo conoce a través de los evangelios y se esfuerza en seguirlo con la luz y la fuerza del Espíritu hasta que llegue a su encuentro. Si el cambio consiste en eso, la pregunta es hasta qué punto se ha dado ese cambio en nuestra Iglesia. La indagación la llevaremos a cabo a través de tres momentos: en el primero teorizaremos lo que toca al seguimiento como el modo de relacionarnos con él; en el segundo haremos ver cómo plantea el concilio el seguimiento de Jesús; y en el tercero con preguntaremos hasta qué punto el seguimiento da el tono a nuestra Iglesia. En los tres aparecerá claro la relación entre la lectura discipular de los evangelios y el seguimiento, al menos el seguimiento consciente.

## PRIMERA PARTE: LA RELACIÓN DE JESUS CON NOSOTROS Y DE NOSOTROS CON ÉL: EL SEGUIMIENTO

### 1.1 RELACIÓN CON JESÚS UNIVERSAL Y ATEMÁTICA

#### 1.1.1 *Jesús resucitado nos atrae con el peso infinito de su humanidad*

La relación con Jesús de Nazaret está en principio abierta a todos, independientemente de si han oído hablar de él. Quienes creemos en él, sabemos que él no es un muerto, una figura de la historia que se quedó en el pasado. Él ha sido resucitado por Dios y vive en su seno humanamente la vida divina. Pero que Dios lo haya resucitado no significa que lo haya abstraído de nosotros. Por el contrario, él murió como Hermano nuestro, llevándonos a todos en su corazón y, por tanto, Dios resucitó a nuestro Hermano. En su corazón estamos todos realmente en la casa del Padre. Pero no sólo nos lleva realmente en su corazón; también ha querido seguir relacionándose con todos los que vivimos en esta tierra, en esta historia. Mejor dicho, esa relación es un componente esencial de su resurrección: es la expresión de su constitución como Señor, Señor de la humanidad, de la historia y de todo lo creado.

¿Cómo se relaciona el Exaltado con todos y cada uno? ¿Cuál es la expresión de su señorío? Jesús de Nazaret, como Señor, nos atrae desde el seno del Padre con el peso infinito de su humanidad<sup>1</sup>. Su humanidad tiene un peso infinito porque es la

---

1 Trigo, *Jesús, paradigma absoluto de Humanidad*. En *Jesús, prototipo de humanidad en América Latina*. Obra Nacional de la Buena Prensa, México 2001,85-128

humanidad del Hijo único y eterno de Dios. Como dice provocativamente Pablo, en Jesús habita la plenitud de la divinidad corporalmente (Col 2,9). Es una expresión tan paradójica que se nos da, no para ser pensada sino para ser creída, o, mejor, para que haga saltar a pedazos nuestros conceptos de la divinidad, porque, si no podemos pensar la divinidad sino como infinita, ¿cómo va a caber en la drástica limitación de un cuerpo? Aunque ¿por qué no va a caber si la infinitud, en contra de lo que nos imaginamos, nada tiene que ver con la extensión?

¿Ahora bien, por qué ese peso infinito no aplasta sino atrae? Aplasta el peso físico y, más todavía, el del ser en sí que pone para sí a todo lo que logra mediatizar: el poder de los poderosos, de los que están arriba, de los que se montan sobre los demás, de los que les viven. Así son los ídolos: como no tienen ser de sí mismos, su poder es el que les dan sus adoradores. Por eso resultan una carga pesada. Así es como desgraciadamente nos imaginamos muchas veces a Dios. Pero Dios es, por el contrario, el que no necesita nada de nosotros, aquél a quien nada podemos dar, el que nos da continuamente el ser con su relación constante de amor (Is 46,1-4). A Dios sólo le podemos dar, y eso es lo que nos pide, nuestro amor como respuesta al suyo; nos podemos dar a nosotros mismos, en donación libre como se nos dona él.

Pues bien, Jesús, como Hijo eterno de Dios, nos atrae porque el peso infinito de su humanidad es el peso de la humanidad del Hermano universal. Jesús es todo relación: ante todo la relación eterna con su Padre y, desde que se humanó, la relación con todos los seres humanos.

¿Cómo nos atrae? Al modo como atraen los cuerpos celestes: creando un campo gravitatorio. Ahora bien, la diferencia es que el de los astros es físico y por tanto ajeno a la libertad, mientras que el que crea Jesús resucitado es un campo humano fraterno y por eso atrae solicitando nuestra libertad y a la vez, para posibilitar nuestra respuesta, suscitando nuestra libertad y liberándola.

Jesús atrae moviendo nuestra libertad a asumir su humanidad. Si nos dejamos atraer por su humanidad, nos vamos haciendo humanos como él, desde nuestra propia realidad y situación. Nos vamos haciendo hijos de Dios y hermanos entre nosotros, sin excluir a nadie y desde el privilegio de los pobres.

Es una relación trascendental. Es real y mutua, pero independiente de si hemos oído hablar de Jesús y de Dios. Una relación, sin duda, constituyente, pero atemática. Podemos confiar en Dios y ponernos realmente en sus manos, sin saber nada de su existencia. Podemos ser hermanos de los demás, hermanos en Cristo, es decir, una fraternidad realmente posibilitada por él y en la dirección de él, sin saber

ni su nombre. Basta con que nos dejemos atraer realmente por el peso infinito de su humanidad, que es la humanidad del Hijo único de Dios y del Hermano universal.

Una persona así es realmente cristiana, aunque no haya oído hablar de Jesucristo. Es importante tener en cuenta que la cita del cuarto evangelio que estamos glosando (“cuando sea exaltado, atraeré a todos a mí”: Jn 12,32) es la respuesta de Jesús a unos griegos que querían verlo. Jesús sabe que está en vísperas de su muerte y no puede emprender la misión a los gentiles y además no es el tiempo: todavía no ha llegado la hora de ellos. Así pues, Jesús exaltado al seno del Padre, salva a todos los que quieran acoger su salvación, más allá de la misión explícita de sus discípulos. Aunque esta noticia consoladora nos llega a través de la misión.

### 1.1.2 *El Espíritu de Jesús derramado en la Pascua nos mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro*<sup>2</sup>

Ahora bien, hay además otra relación igualmente trascendental y atemática: es la relación de su Espíritu. Dios nos crea a través de su Palabra y de su Espíritu: la creación es obra de amor y el amor no es ciego sino luminoso: tiene sentido. O, dicho de otra manera, Dios crea a través de su palabra (“dijo Dios... y así fue”: Gn 1,3.6.9.11.14.20.24.26) y su palabra es eficaz porque es palabra de amor, palabra con espíritu. La creación no es caótica o abisal sino lógica y esa lógica es la lógica del amor. Desde el principio están, pues, entrelazados la Palabra y el Espíritu. En Jesús ese lazo se vuelve inextricable: el Espíritu se expresa a través de Jesús y Jesús personaliza al Espíritu de tal modo que ya en adelante el Espíritu es el de Jesús.

Pues bien, en la resurrección Jesús es constituido Mesías con poder (Rm 1,4): el poder del Ungido resucitado es el de derramar su Espíritu sobre toda carne. De esto es sacramento Pentecostés (Hch 2,17). O, en el lenguaje del cuarto evangelio, Jesús al morir, entregó su espíritu (Jn 19,30). Lo entregó a su Padre, pero también a todos los seres humanos. Así pues, el Espíritu derramado en la Pascua, el Espíritu de Jesús resucitado, ha sido derramado por Jesús desde el seno del Padre a cada ser humano<sup>3</sup>.

Es una inhabitación trascendente: el Espíritu nos mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro. Nos encontramos nuevamente con la paradoja. Que el Espí-

---

2 La expresión *intimior intimo meo* es de san Agustín (*Confesiones*, III,6,11. BAC, Madrid 2005,142)

3 Trigo, “*Derramaré mi Espíritu sobre toda carne*”. ITER 17 (1-1998) 99-121

ritu nueva, es obvio porque es espíritu, es decir, aire, viento, aliento. Pero ¿cómo va a mover más adentro que lo íntimo nuestro, si íntimo significa lo más adentro posible? No hay contradicción porque lo más adentro posible para nosotros no es lo más adentro nuestro. Para decirlo con una expresión espacial impropia, hay en nosotros una zona tan profunda que nosotros no tenemos acceso a ella. Ahí es donde habita el Espíritu; o, mejor dicho, no habita, no está, sino mueve, porque, utilizando la metáfora gramatical, el Espíritu no es sustantivo sino verbo. Por eso insiste Pablo que somos templos de Dios (1Cor 3,16;6,19)

Que nos mueva significa que nos da impulso y dirección. ¿Y en qué dirección nos mueve? Como el Espíritu es el de Jesús, nos impulsa a investir la humanidad de Jesús desde nuestra realidad y en nuestra situación.

Como el Espíritu es impulso y no palabra, no nos ilustra sobre Jesús, pero sí nos lleva a una existencia jesuánica. Así pues, cualquiera que se deje llevar por el Espíritu, vive en su humanidad y en su tiempo la humanidad de Jesús. Independientemente de si sabe de su existencia.

Como vemos, la atracción del Resucitado y el impulso de su Espíritu se corresponden: Jesús nos atrae desde el seno del Padre que es nuestro porvenir, un más allá más temporal que espacial; y el Espíritu nos mueve trascendente por inmanencia; pero el contenido es el mismo: la humanidad concreta de Jesús, aunque no se la perciba como de él.

### 1.1.3 *En los pobres servimos o dejamos de servir a Jesús*

Hay también otra relación atemática con Jesús, que está abierta a todos, aunque, a diferencia de las dos anteriores, no llega a nosotros antecediendo a nuestra libertad sino que sale de nuestra libertad y por tanto depende de ella. Es la relación real con Jesús en el servicio a los necesitados o la negativa a relacionarnos con él, si no los servimos. Siempre hay necesitados que requieren nuestra ayuda; por tanto, se da en todo caso una suerte de emplazamiento: o servimos a Jesús, al servirlos a ellos, o dejamos de servir a Jesús, si nos negamos a servirlos (Mt 25,31-46).

Esta relación atemática y necesaria con Jesús en los pobres tiene un peso escatológico: de ella depende nuestra suerte eterna<sup>4</sup>. Esto significa que las prácticas religiosas valen como incitadoras y sustentadoras de esa actitud servicial, pero por

4 En este sentido los pobres son nuestros señores, como decían Francisco de Asís y Vicente de Paúl.

sí mismas no son decisivas. Esto suena muy paradójico, incluso escandaloso, para gente de iglesia, pero no se puede dudar de su anclaje evangélico.

### 1.2 RELACIÓN EXPLÍCITA CON JESÚS: EL SEGUIMIENTO

#### 1.2.1 *Relacionarnos con nuestra situación de modo equivalente a como Jesús se relacionó con la suya*

Hasta aquí hemos hablado de la relación con Jesús abierta a todos los seres humanos y por eso independiente del conocimiento que tengamos de él, una relación, pues, atemática. En este sentido preciso Jesús es el salvador del mundo: la salvación de todos tiene que ver con la relación de él con nosotros y de nosotros con él. Por eso su salvación se extiende mucho más allá de las fronteras de la Iglesia: es coextensiva con la humanidad.

En este sentido preciso dice el Concilio que la Iglesia es sacramento: anuncia esta salvación universal que obra Jesús y se consagra a su servicio. La conoce y la proclama con la palabra evangélica, la celebra en los sacramentos y la testimonia con la vida de sus miembros en seguimiento de Jesús.

La Iglesia es necesaria no sólo porque es a través de ella, a través de los evangelios que nacen de ella y ella trasmite, como conocemos lo que hemos dicho hasta ahora sobre Jesús y su relación con nosotros, sino porque esos mismos evangelios y tendencialmente los demás escritos del Nuevo Testamento y, desde Jesús, el Antiguo, son el último criterio de discernimiento de si realmente nos dejamos atraer por Jesús y mover por su Espíritu y, no menos, de si los que nos llamamos cristianos, seguimos realmente a Jesús.

Así pues para discernir el camino de la vida y para seguir conscientemente a Jesús son imprescindibles los cuatro evangelios. Vamos a explicitar esto último.

Ser cristiano, en el sentido temático de la palabra, es vivir la vida como seguimiento de Jesús<sup>5</sup>. Ahora bien, hay una diferencia entre seguir a Jesús hoy

5 Tres notas del seguimiento serían libertad, comunión de vida con Jesús y participación en su destino (Perón, *Los discípulos de Jesús en los evangelios. El significado del discipulado*. ITER 42-43 (en-ag 2007)136-149). Su sentido en Luciani, *Seguidores y discípulos del Reino en la praxis fraterna del Jesús histórico*. Id 161-207. Sobrino, *La fe en Jesucristo*. Trotta, Madrid 1999,454-464; Id, *Espiritualidad y seguimiento de Jesús*. En *Mysterium Liberationis*, UCA, San

y seguirlo cuando vivía entre nosotros. La diferencia obvia es que Jesús no está aquí. Cuando vivía Jesús se lo seguía para espiarlo, como simple curiosidad, por un interés real, con una auténtica simpatía o en sentido discipular estricto. Seguir a Jesús era tener una relación directa con él, que podía ser positiva o negativa y que podía tener grados diversos de implicación hasta la entrega total. La muerte es la interrupción total de la relación. Desde la resurrección, la relación de Jesús con nosotros se amplía hasta llegar a ser continua y personalizada. Pero desde la trascendencia divina. Porque Jesús no está aquí (Mc 16,6), les ha sido arrebatado (Hch 1,11). Por eso la relación con él ya no puede ser directa; no es una relación sino una correlación. La pretensión de una relación directa, el pietismo, tan en boga hoy día, es una ilusión, tanto como la pretensión de sentir al Espíritu, que, aunque es inmanente, nos trasciende absolutamente desde dentro.

El pietismo pretende relacionarse con Jesús como con un contemporáneo, como con un ser de este mundo, con el que cabe tener una relación objetual, aunque no lo veamos, además de la relación de fe. Esa relación objetual no es posible con Jesús, no sólo porque no está aquí sino porque el nivel de realidad en el que vive es tan superior al nuestro que lo torna inalcanzable para los que vivimos en este cuerpo mortal. Ni siquiera las apariciones del Resucitado pueden comprenderse así. Por eso se insiste en que Jesús se dejó ver, porque no era visible para los discípulos ni para nadie. Tampoco puede pensarse que Jesús resucitado les hablara pormenorizadamente, por ejemplo, les expusiese las Escrituras. Dejarse ver y alguna palabra que pusiera en sus corazones, eso es todo. Pretender estar con Jesús del mismo modo que uno está con su amigo, contemplándose con agrado y hablándose animadamente, es una pura ilusión. Una ilusión, desgraciadamente muy en boga

---

Salvador 1991,449-476. Lois, ¿Cómo seguir a Jesús hoy? En *Que no se caiga la fe*. PPC, Madrid 2011,19-93; Vitoria, *Seguimiento de Jesús*. En Reus/Vitoria, *Experiencia y gratuidad*. PPC, Madrid 2010,80-108; Martínez, *El seguimiento de Jesús y la consumación de la cristología*. En Ávila (Ed.), *El grito de los excluidos*. EVD, Estella 2006,93-110. Lohfink, *La Iglesia que Jesús quería*. DDB, Bilbao 1986. Dunn, *La llamada de Jesús al seguimiento*. ST, Santander 2001. Arens, *Caminar con Jesús*. CEP, Lima 2002. Comblin, *El camino: ensayo sobre el seguimiento de Jesús*. Dabar, México 2008. Glz. Faus, *Otro mundo es posible... desde Jesús*. ST, Santander 2010,25-248,399-415. García-Loma - García-Murga (Eds.), *El seguimiento de Cristo*. PPC, Madrid 1997. Cátedra Cheminade, *El seguimiento de Jesús*. Fundación Santa María. Madrid 2004. Galilea, *Religiosidad popular y pastoral*. Cristiandad, Madrid 1980,244-327.Castillo, *El seguimiento de Jesús*. Sígueme, Salamanca 1986. Pagola, *Jesús*. PPC, Madrid 2007,269-302. Gnilka, *Jesús de Nazaret*. Herder, Barcelona 1993,203-214. Schillebeeckx, *Jesús*. Herder, Barcelona 1881,198-208. Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre*. Cristiandad, Madrid 1987,35-36. Para Bonhoeffer la gracia no es barata sino cara porque entraña el seguimiento de Cristo; así lo explana en *El precio de la gracia*. Sígueme, Salamanca 1968

y muy aupada, porque resulta muy gratificante y porque no entraña la exigencia radical que comporta seguir a Jesús.

Así pues, el seguimiento de Jesús es una correlación: Jesús es a su situación, como la Iglesia primitiva a las suyas, diversas entre sí y de la de Jesús, como los santos a sus respectivas situaciones, diversas entre ellas y respecto de las de la Iglesia primitiva y de la de Jesús, como nosotros a nuestra situación, distinta de todas ellas. Como las situaciones son distintas, para que se mantenga la correlación, lo que hicieron los de la Iglesia primitiva no pudo ser igual que lo que hizo Jesús, ni lo que hicieron los santos fue idéntico a lo que hizo la Iglesia primitiva, ni nosotros tampoco podemos hacer lo mismo que hicieron ellos: no podemos imitarlos. Tenemos que hacer lo equivalente.

Al hacer lo equivalente nos realizamos porque tenemos que descubrirlo, necesitamos la creatividad; mientras que en el imitar no cabe realización humana, es siempre alienante, inauténtico. Ahora bien, no cualquier creatividad es seguimiento, sólo la creatividad en fidelidad. Para un cristiano la realización humana no está en inventarse cada quien su modelo de humanidad e investirlo o en hacer en cada ocasión lo que se le ocurra o le convenga o en dejarse llevar por el paradigma dominante en su situación. Para un cristiano Jesús es no sólo paradigma de humanidad, válido para todos los espacios y tiempos, en cuanto que es el ejemplar más ilustre de la humanidad: un ser humano insuperable; sino que es, más radicalmente, prototipo de humanidad: el molde en el que todos hemos sido creados: la Imagen perfecta de Dios a cuya imagen hemos sido creados; y es, en definitiva, arquetipo de humanidad, en el sentido preciso de que es principio de humanidad: la relación de él con nosotros, como dijimos, nos humaniza. Ése es el sentido preciso de la fidelidad creativa como la actitud propia del seguimiento de Jesús.

Al ser una correlación, el seguimiento de Jesús encierra una gran complejidad. Sin ella no sería humanizador. Para saber lo que tengo que hacer en una situación determinada tengo que despejar necesariamente tres incógnitas: tengo que averiguar el modo de habérselas Jesús en su situación y tengo que conocer también mi situación. Como el modo de estar Jesús en su situación es paradigmático, es imprescindible conocerlo. Pero no basta, porque el seguimiento se da en la realidad y en concreto en mi realidad, en la situación en la que estoy inserto.

### 1.2.2 Conocimiento interno de los evangelios y de la realidad

Ahora bien, para los cristianos, lo que tiene de paradigmático la vida de Jesús está en los cuatro evangelios, ya que la vida de Jesús no es algo muerto, sin luz propia, de lo que sólo quedan restos que el historiador tiene que reconstruir artificialmente porque de suyo ya no existe. Para los que creemos, la vida de Jesús sigue dando de sí porque Jesús no es un muerto, aunque sea muy ilustre, sino que ha sido resucitado por Dios como Señor de la historia. La vida de Jesús es el parámetro de la vida de todos los seres humanos. El Jesús recordado<sup>6</sup> de los cuatro evangelios no es el producto de una operación nostálgica de rescate de una figura que se fue definitivamente. Por el contrario, se lo recuerda porque se lo reconoce como Señor actual y para dar contenido concreto al seguimiento discipular. Para nosotros ese recuerdo está guiado por el mismo Espíritu que animó a Jesús, el mismo que recibieron sus testigos en Pentecostés y muy específicamente los hagiógrafos para que recordaran con fidelidad creativa, para impulsar y orientar el seguimiento de sus comunidades cristianas.

Pues bien, el cristiano y las comunidades cristianas que leen los evangelios en la Iglesia lo hacen con el mismo Espíritu con el que fueron escritos cuando lo leen discipularmente: no para que el evangelio confirme sus vidas y apreciaciones sino para abrirse a lo que les diga, porque lo que quieren es seguir a su Señor y no salirse con la suya. Esto nunca ocurre de modo químicamente puro porque también mueven a los cristianos y a las comunidades otros espíritus que no son el de Jesús. Por eso son imprescindibles la purificación constante de la intención y el discernimiento de espíritus, pero, sobre todo, un hondo amor a Jesús, un amor en el que se pone la alegría y la esperanza, en el que se da la salvación, por el que se sale del propio amor e interés y se abre gozosamente a su conducción.

Pero eso sólo, con ser imprescindible, no es garantía de acertar: es igualmente imprescindible conocer la situación y para eso situarse adecuadamente ante ella. Lo es así por la lógica de la encarnación que radicaliza infinitamente la de la creación. Por esta última el sí a Dios no puede realizarse al margen de la realidad y tiene que consistir de un modo u otro en responsabilizarse de ella, aunque no baste encontrar a Dios en todo porque él quiere ser hallado también por encima de todo. Pero por la lógica de la encarnación, si Dios en su Hijo Jesús ha echado la suerte con la humanidad, ¿cómo lo vamos a encontrar sin hacernos cargo de ella, sin encargarnos de ella y cargar con ella, en seguimiento del que nos lleva

---

6 Dunn, *Jesús recordado*. EVD Estella, 2009

a todos en su corazón y que ha bajado del cielo para la vida del mundo? El lugar del seguimiento de Jesús no es, repetimos, la religión como una esfera separada y especializada de la realidad sino la realidad completa, en todas sus dimensiones pues todas tienen que ser redimensionadas para que sean expresión de la humanidad de Jesús. Los cristianos no podemos aceptar que los diversos sistemas se consideren como autorregulados y autónomos<sup>7</sup> porque en esa manera de construirse la realidad social no cabe la humanidad como filiación y fraternidad. Como lo expresó Bonheffer en una metáfora musical, esa relación es el *cantus firmus* con el que tiene que acordarse todo lo demás, de manera que todo se armonice en él<sup>8</sup>.

Por eso la pertenencia y la responsabilidad, desde la simpatía y la compasión, son las actitudes básicas del cristiano ante la realidad. Sólo desde esa solidaridad básica y como expresión de ella, tiene sentido la denuncia profética y la propuesta alternativa.

Así pues, para conocer la situación no se puede obviar el recurso a las distintas ciencias: el cristiano tiene que estar bien informado y no puede contentarse con recibir aquiescentemente lo que reflejan los medios. Pero tampoco puede recibir pasivamente lo que dicen los científicos sociales porque cada quien escribe desde una perspectiva y unos intereses y desde esos supuestos su visión de la realidad puede quedar potenciada o reducida y deformada. Lo fundamental es el conocimiento experiencial en su involucramiento solidario en ella.

Desde ese compromiso con su situación en el Espíritu de Jesús, lee los evangelios discipularmente, y, a su vez, deja que la lectura de los evangelios lea su inserción en su situación. En esta espiral, solidaria y proactiva respecto de la situación y genuinamente receptiva respecto de la Palabra, se va realizando el seguimiento.

### 1.2. *Conocimiento de otros discernimientos y participación en las diversas comunidades de discernimiento*

Pero para afinarlo es muy conveniente examinar también las correlaciones de la Iglesia primitiva porque son correlaciones discernidas y, en ese sentido, garantizadas por el Espíritu, y por eso ayudan mucho a clarificar la que nosotros tenemos

---

7 Como quieren hacer valer los que comandan este totalitarismo de mercado para prevalecer impunemente y como lo teorizan los ideólogos del sistema como Luhmann.

8 *Resistencia y sumisión*. Salamanca, Sígueme, 1983, p. 212. Fragmento de una carta dirigida a E. Bethge, fechada el 20 de mayo de 1944

que realizar. También ayuda auscultar la historia de la Iglesia, en la que se aprende tanto de los aciertos como de los errores, y, en particular, la vida de los santos en los que no hay inerrancia, pero sí seguimiento eximio, a pesar de limitaciones y equivocaciones, muchas veces comunes a su época y no discernidas, al aceptarse acríticamente como evidencias.

Con lo que llevamos dicho es claro que ningún cristiano puede eximirse de realizar personalmente la correlación del seguimiento. Pero este ineludible momento personal debe componerse con el de la comunidad cristiana, tanto la de base o referencia, como la más amplia de la parroquia o equivalente, la más extensa de la Iglesia local y nacional, la de la regional, en nuestro caso latinoamericana, y la de la Iglesia universal.

Pero tampoco éstas bastan: será también imprescindible incorporarnos al discernimiento de las comunidades humanas implicadas y de grupos solidarios en su interior. La ley de la encarnación nos prohíbe a los cristianos hacer rancho aparte: la Iglesia está, y nosotros en ella, entrañada en la humanidad.

#### 1.2.4 *El costo del seguimiento propicia su sustitución*

Queremos apuntar un aspecto de la relación de Jesús con nosotros y de nuestra relación con él cuya tematización no se puede obviar porque tendemos instintivamente a soslayarlo en la consideración para poder prescindir de él en la práctica. Hemos insistido desde el comienzo que esas relaciones son humanizadoras y, por tanto, salvadoras. Son las únicas relaciones que llevan a la humanización integral y que contienen por ende salvación definitiva. Relaciones que pueden acontecer en cualquier cultura y en todas las religiones. Pero son relaciones trascendentes, no sólo porque se nos dan desde la trascendencia de Dios, desde donde Jesús ejerce su señorío, sino, y éste es el punto álgido, porque la humanidad de Jesús, que estamos llamados a investir, no cabe en ninguna situación ni cultura. Como hemos insistido, opera desde dentro de ellas, con una solidaridad absoluta con los seres humanos que viven en ellas y de un modo u otro las configuran, usufructúan o sufren; pero las desborda completamente. Siempre, en toda situación y cultura, hay aspectos que son buenos conductores de esa humanidad cualitativa, pero nunca faltan otros que son absolutamente heterogéneos o que expresamente la niegan.

En este sentido, en contra de la estimación eclesial consuetudinaria, hay que afirmar resueltamente que la condena de Jesús a manos de las autoridades

eclesiásticas legítimas de la religión revelada y del imperio que ha pasado a la historia como el inspirador del derecho que está a la base de los actuales, no fue un error puntual, un abuso incidental, sino un choque inevitable, al no quererse convertir sus personeros, personal y estructuralmente, a la propuesta de la que Jesús era portador y que encarnaba. Por eso, no sólo no ha existido hasta hoy ninguna cultura cristiana sino que no puede llegar a existir. Porque incluso en el caso de que se diera la conversión personal (es el caso indudable de Teodosio y de tantos otros tras él), las acciones históricas que la expresen, al operar sobre la situación dada, la modifican positivamente, pero no puede anular de una vez todo lo malo. Lo más que puede lograrse es pasar de una situación muy mala, si es el caso, a otra en la que, aun primando lo malo, haya, sin embargo, más bien del que había o, incluso puede llegarse a que haya tanto bien como mal y hasta, con el tiempo, a que haya más bien que mal, pero nunca a que desaparezca estructuralmente el mal.

Esto significa que el seguidor de Jesús nunca puede definirse por la situación o cultura en la que hace vida, y esto, tanto por fidelidad a su Señor, como por solidaridad con sus conciudadanos. Esta situación es realmente fecunda porque no sólo propicia la humanidad cualitativa de los seguidores de Jesús sino la transformación superadora de la situación y cultura. Pero hay que reconocer que también resulta, para decir lo menos, terriblemente incómoda, tanto para el que la vive, como para los que se ven afectados en sus intereses por su empeño transformador. No se puede descartar que algunos de ellos acepten sus señalamientos y propuestas, pero es normal que muchos reaccionen descalificándolo e intentando neutralizarlo de un modo u otro. El que sigue a Jesús participa de su suerte.

No se puede tapar el escándalo de la cruz; y, sin embargo, es “humano”, no cualitativamente humano sino propio de la debilidad humana, soslayarlo y aun reducirlo a casos excepcionales. Ésa es la causa de fondo, estructural, de que el seguimiento de Jesús haya sido tan poco propuesto a lo largo de la historia. Subrepticamente se lo ha sustituido por lo ritual, profusamente estructurado, acompañado por el bosque frondosísimo e incesantemente renovado de las devociones y respaldado por un código doctrinal y otro moral. Es el modo de evitar, con tranquilidad de conciencia, el costo altísimo que tiene el seguimiento de Jesús. Es un modo de encontrarse con él, que tiene el prestigio de lo numinoso y mayestático, pero que elude astutamente la alteridad de la historia concreta de Jesús, que nos obliga a salir de nosotros mismos y de nuestro mundo y que, erigiéndose en parámetro, lo juzga y nos pide conversión a su camino, que lleva inexorablemente a la participación en su destino.

No digo que cada personero eclesiástico identificado con ese modo de relacionarse con Jesús que elude los evangelios, lo haga conscientemente para evadir el ingente costo del seguimiento; aunque tampoco puede descartarse la opción secreta y subconsciente. De hecho hay que afirmar, por el contrario, que no pocos lo hacen por configuración mental y por tradición, con buena fe y como empeño de fidelidad a lo que entienden que la Iglesia les pide. Tampoco afirmamos que los fieles que aceptan de buena gana la relación institucionalista o el pietismo, lo hagan tramposamente para evitar el costo de la conversión al seguimiento de Jesús. La mayoría puede decir con toda razón que nadie le ha presentado al Jesús de los evangelios como parámetro de su vida. Lo que afirmo es que una Iglesia y un cristiano establecidos no pueden aceptar el seguimiento del Jesús histórico y que tampoco lo puede aceptar una cultura que se pretenda cristiana pero que no esté dispuesta a cambiar todas las relaciones y estructuras que no expresen la fraternidad, y que de esa resistencia proviene históricamente, además de otros factores, el arrinconamiento del seguimiento de Jesús en los evangelios y el colocar en su lugar la doctrina, la disciplina y el rito. Y que por eso se explica la terquedad con que se mantiene y la dificultad que tiene de abrirse paso el seguimiento, a pesar de todas las declaraciones a su favor.

### 1.2.5 *El seguimiento de Jesús, expresión de la recepción creativa y fiel del Concilio*

Hemos asentado que Jesús y su Espíritu se relacionan con nosotros de manera trascendental y atemática y que nosotros podemos corresponder a esas relaciones. Ellos nos potencian para hacerlo, aunque nunca lo logremos perfectamente. También hemos establecido, de acuerdo con los santos evangelios, que es ineludible nuestro servicio a Jesús o la negativa a servirlo, en el servicio a los pobres o en la negativa a hacerlo. En ambos casos la relación es real, pero indirecta, atemática.

A continuación hemos pasado a considerar la relación explícita con él: la que se da en el seguimiento. Acotamos que no es una relación objetual sino sólo en fe y que, en sentido estricto, no es relación directa, inmediata, sino correlación: habérmolas en nuestra situación de modo equivalente a como él actuó en la suya. Para establecerla es imprescindible conocer el modo de situarse Jesús en su situación e igualmente conocer nuestra situación. Para lo primero es insustituible el recurso a los evangelios leídos discipularmente con el mismo Espíritu con el que fueron

escritos<sup>9</sup> y para lo segundo no se puede prescindir de una información acuciosa desde el compromiso solidario.

Hemos concluido resaltando la fecundidad personal e histórica que entraña relacionarnos de esos modos con Jesús, pero no hemos ocultado el tremendo costo que trae aparejado, que inclina de modo más o menos inconsciente a sustituir el seguimiento explícito en base a la lectura discipular de los santos evangelios, por propuestas ahistóricas: doctrina, disciplina y rito.

Lo dicho expresa, es nuestra pretensión, la recepción creativa, situada y fiel, del concilio Vaticano II que se ha venido dando en América Latina, en mi caso y en el de parte de mi generación porque el concilio acontecía en nuestra juventud, consciente y comprometidamente cristiana, y lo asumimos con naturalidad porque concordaba con aspectos medulares de nuestro modo de vivir el cristianismo y porque nos abría a otros en consonancia con ellos y porque nos permitió transformar a fondo otros, incompatibles, a través de procesos dolorosos, aunque en definitiva gozosos<sup>10</sup>.

Para confirmar esta pretensión, pasamos a exponer lo que dice el concilio sobre nuestra relación con Jesús.

## PARTE SEGUNDA: LA RELACIÓN CON JESÚS SEGÚN EL CONCILIO VATICANO II

### 2.1 La revelación definitiva de Dios acontece en la historia de Jesús

Nuestra Iglesia latinoamericana, como Iglesia postridentina<sup>11</sup>, nace con la anomalía de basarse, no en los evangelios sino en la doctrina, la disciplina y el rito. En este sentido podemos sostener que la mayoría de los llamados cristianos y de las congregaciones parroquiales son personas y agrupaciones religiosas, es decir, que pertenecen a lo que con propiedad tenemos que llamar religión católica porque lo sustantivo es que es religión, es decir un ordenamiento a Dios, y lo adjetivo, en el sentido de que es sólo una inflexión de lo anterior, es que esa religión está referida

---

9 Potterie, *La interpretación de la Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita*. En Latourelle, *Vaticano II*. Sígueme, Salamanca 1989,159-186

10 Trigo, *Espiritualidad conciliar*. UIP-ITESO, Puebla 2003,40-53,76-100

11 Nos referimos a la Iglesia colonial, no a la primera época constituyente, marcada por los que Puebla llama fundadores de la Iglesia latinoamericana, con los que según ese documento empalma nuestra Iglesia a partir de Medellín, recepción fielmente creativa del Vaticano II.

a Cristo, que para la mayoría es simplemente un nombre de Dios o Dios vestido de ser humano, con quien entran en contacto en el rito, pero cuya historia les resulta casi totalmente desconocida.

Y, sin embargo, como asienta el Concilio, la revelación plena y definitiva de Dios acontece a través de esa historia de Jesús: acontece “por toda la presencia y manifestación de sí mismo, por sus palabras y obras, signos y milagros, pero señaladamente por su muerte y gloriosa resurrección de entre los muertos”<sup>12</sup>. Es decir, que los cristianos, aun en lo que tienen de religiosos en el sentido de relacionados con Dios, si lo son consecuentemente, dependen de Jesucristo y en concreto de su historia, en la que se ha revelado el verdadero Dios sin distorsiones y plenamente.

“A Dios que se revela, debe prestársele aquella obediencia de fe (Rm 16,26;2Cor 10,5-6) por la que el ser humano libremente se entrega todo a Dios”<sup>13</sup>. Esto es así porque el Dios que se revela en Jesús es digno de fe<sup>14</sup>. Si Jesús hubiera revelado simplemente al “Dios omnipotente y eterno” de la liturgia romana<sup>15</sup>, sería razonable someterse a él, porque es el que más manda y porque su imperio no pasa. Pero no sería digno de fe, es decir, de entregarnos libre y personalmente a él, porque a partir de esa caracterización, no sabemos si esa sabiduría y poder con que nos ha creado es o no favorable a nosotros. Según no pocas mitologías, Dios o los dioses crean a los seres humanos para servirse de ellos o como un juego irrelevante en el que no se comprometen. Pero el Dios que nos revela Jesús, tal como nos lo trasmite el concilio, “por la abundancia de su caridad (Cf. Ex 33,11;Jn 15,14-15), habla a los seres humanos como amigo y mora con ellos (cf, Bar 3,38) para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía”. Así pues, el principio que mueve a Dios, no sólo para crearnos sino para comunicarse con nosotros, es su amor y ese amor lo lleva no sólo a comunicarse sino a autorrevelarse. Por eso es digno de que también nosotros nos desnudemos completamente en su presencia y nos pongamos confiadamente en sus manos. “Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación”<sup>16</sup>. Dios se nos entrega absolutamente en su Hijo único y eterno Jesús.

---

12 *Dei Verbum* 4

13 Id 5

14 Mouroux, *Carácter personal de la fe*. En Alonso, *Concilio Vaticano II/ comentarios a la Dei Verbum*. BAC, Madrid 1969,194-217

15 Así comienzan muchas oraciones colectas en el misal romano y es de notar que así se invocaba a la divinidad en Roma antes del cristianismo.

16 *Dei Verbum* 2. Ashton, *Cristo, mediador y plenitud de la revelación*. En Alonso, *Concilio Vaticano II/ Comentarios a la constitución Dei Verbum*. BAC, Madrid 1969,166-193

### 2.2 *Los evangelios transmiten fielmente lo que de paradigmático tiene la vida de Jesús; desde ellos habla Cristo*

Por eso, para que se transmitiera íntegro a todas las generaciones lo que Jesús hizo y dijo para nuestra salvación, los apóstoles y varones apostólicos, “bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo, consignaron por escrito el mensaje de la salvación” (id). “A nadie se le oculta que, entre las Escrituras, aun del Nuevo Testamento, descuellan con razón los Evangelios, como testimonio principal que son sobre la vida y doctrina de la Palabra encarnada, salvador nuestro”. “Los cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilación alguna, transmiten fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, hizo y enseñó realmente, mientras vivió entre los seres humanos, hasta el día en que subió al cielo, para eterna salvación de éstos”<sup>17</sup>. Así pues, la revelación definitiva de Dios se da en Jesús, en su vida, muerte y resurrección, y esa vida está consignada de modo fidedigno en los cuatro evangelios. Por tanto, para conocer plenamente al Dios que nos ha revelado Jesús y al mismo Jesús, revelador a la vez del misterio de Dios y el del ser humano<sup>18</sup>, es preciso el trato asiduo con los evangelios. No se puede decir de modo más claro, razonado y taxativo.

Porque los evangelios no son como biografías modernas, que los autores escriben sobre personajes a través de su investigación privada, dándonos de ese modo su propia versión de su personaje. Para el creyente los evangelios participan, en cierto modo, del misterio de Jesús: “las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, a la manera como un día la Palabra del Padre eterno, al tomar la carne de la flaqueza humana, se hizo semejante a los seres humanos”<sup>19</sup>. Así pues, las palabras de la Escritura son palabras plenamente humanas, inscritas en un tiempo y cultura determinada, de tal manera que es plenamente válido y necesario su análisis científico, como se interpreta a las obras literarias; pero ese análisis es radicalmente insuficiente para transmitir el misterio de que son portadoras, ya que son palabra de Dios, en cuanto fueron escritas bajo la guía o inspiración del Espíritu Santo, el mismo Espíritu de Jesús. Del mismo modo que Jesús, que es un personaje histórico, es susceptible de ser

17 Id 18<sub>1</sub>,19. Caba, *Historicidad de los evangelios*. En Potterie, oc, 207-220. Scheiffer, *Historicidad de los evangelios*, En Alonso, oc,595-643. Sobre el carácter histórico de la revelación ver, Alonso, oc 139-165. Sobre la verdad de la Sagrada Escritura. Alonso, oc, 392-417

18 “Cristo nuestro Señor (...) en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el ser humano al propio ser humano y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22<sub>1</sub>)

19 Id 13

analizado como los demás de la historia, pero su misterio sólo se abre a los ojos de la fe. Por eso, para conocer a Jesús es imprescindible recurrir a los evangelios. Pero, insistimos, no leídos como simples biografías ni como materiales para estudios eruditos. Si queremos conocer su misterio, tenemos que leerlos con el mismo espíritu con que fueron escritos, con el Espíritu que Jesús dejó en su Iglesia y que derramó también sobre toda carne: “la Sagrada Escritura debe leerse e interpretarse con el mismo Espíritu con que fue escrita”<sup>20</sup>.

Para conocer el misterio de Jesús no basta, pues, con una lectura científica, que es siempre de sujeto a contenido; es imprescindible la lectura discipular por la que los discípulos escuchan a su Maestro, que habla, realmente presente, en los evangelios y tendencialmente en las demás Escrituras: “La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras como al cuerpo mismo de Cristo; pues, señaladamente en la sagrada liturgia, no deja nunca de tomar y distribuir a los fieles el pan de vida, lo mismo de la mesa de la palabra de Dios que de la del cuerpo de Cristo”<sup>21</sup>. Así pues, la Escritura, señaladamente los evangelios, son un verdadero “sacramento” de Cristo: en ellas está él realmente presente, como lo está en la Eucaristía, y nos habla realmente como Maestro y Señor, cuando las escuchamos y compartimos con fe, como discípulos.

### 2.3 *Si el cristianismo se nutre y rige por la Escritura, hay que abrirla de par en par a los fieles*

La consecuencia que saca el concilio es obvia: “es menester que toda la predicación eclesiástica, así como la religión cristiana misma, se nutra y rija por la Sagrada Escritura” (id). No se puede decir con más fuerza: todo el cristianismo tiene que regirse por la Escritura, señaladamente por los evangelios<sup>22</sup>. Por ejemplo, el magisterio de los obispos y el Papa “no está sobre la palabra de Dios sino que la sirve”<sup>23</sup>. Lo mismo podemos decir de la doctrina, de la disciplina eclesiástica o de la moral. Si se absolutizan tradiciones doctrinales, disciplinares o morales, se está relativizando la palabra de Dios, sobre todo los evangelios.

---

20 Id 12<sub>3</sub>

21 Id 21

22 Lyonnet, *Elaboración de los capítulos IV y VI de la "Dei Verbum"*. En Potterie, oc 129-131. La Escritura, pan de vida, norma de fe y su actualización. Alonso, oc 671-699

23 Id 10<sub>2</sub>

Es más, los propios evangelios (y en su tanto toda la Biblia) no pueden ser tratados como una doctrina que se posee y por eso se codifica según el criterio de los estudiosos, sino que tienen que ser leídos como narración fiable de acontecimientos vivos que nos implican, ante los que no cabe la postura del espectador, que nos interpelan para nuestra decisión actual, en los que nos interpela el mismo Jesús<sup>24</sup>.

Para que esto pueda ocurrir “es menester que el acceso a la Sagrada Escritura esté abierto de par en par a los fieles”<sup>25</sup>. El concilio pide que se abra completamente el acceso a la Biblia<sup>26</sup> porque ese acceso estaba vedado y tan radicalmente que la primera traducción al castellano data sólo de 1790, pero esa edición, como la de Torres Amat del siglo XIX, fueron prácticamente clandestinas por la prohibición que existía de leer la Biblia. Las dos traducciones que publicó la BAC en los años cuarenta del siglo pasado (Nácar Colunga y Bover Cantera) fueron a parar fundamentalmente a bibliotecas institucionales. En América Latina los cristianos interesados tuvieron acceso sólo en la década de los setenta, sobre todo, por la Biblia Latinoamericana, que se difundió mayoritariamente entre las comunidades cristianas populares y los solidarizados con ellas. Como este movimiento entró en receso a medida que avanzaban los noventa, ahora la manejan algunos nuevos movimientos, pero hay que decir que mediatizada por códigos previos, por lecturas autoritativas de sus dirigentes.

Como la institución eclesiástica no la difunde masivamente ni la tiene como libro de cabecera ni como la sustancia de lo que comunica y entrega de parte de Dios, el Concilio, además de exhortarlos vivamente a ellos, acude directamente a todo el pueblo de Dios: “El santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos, en particular a los religiosos, a que aprendan *el sublime conocimiento de Jesucristo* (Fil 3,8) con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. ‘Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo’”<sup>27</sup>. No sobran los libros de espiritualidad ni de teología, pero el conocimiento de Jesucristo se obtiene en las Escrituras, sobre todo en los evangelios y por eso el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo.

Es terrible leer a la luz de estas palabras la historia de toda la Iglesia latinoamericana. No ha habido conocimiento de los evangelios, luego no ha habido

24 O'Collins, *Revelación, pasado y presente*. En Potterie, oc 97-103; Vanni. *Exégesis y actualización*. Id, 235-246

25 Id 22. Sobre las traducciones, Richard, *Traducciones de la Biblia*. En Alonso, oc, 700-723

26 Lyonnet, oc, 135-138

27 Id 25. La cita es de san Jerónimo, el traductor de la Biblia a la lengua vulgar para que todos tuvieran acceso y pudieran nutrirse de ella.

conocimiento de Jesucristo. Luego hemos sido más religiosos que cristianos. Todo, como reacción no superadora a Lutero, que hablaba, de un modo parecido a esta cita del Concilio, de la sola Escritura. La diferencia estriba en que Lutero obviaba la mediación del Magisterio, aunque, insistía, más que nosotros los católicos, en la mediación de toda la congregación cristiana, reducida desde el postrento en el catolicismo en la práctica unilateralmente a la jerarquía. Todo esto ocurrió, más en el fondo aún, por la absolutización en la práctica de la propia institución eclesíástica, que redujo a los fieles a la condición de mera Iglesia discente, cuyo único derecho era el de ser enseñados y guiados por la jerarquía.

Aun así, todavía subsistió la referencia, a la vez normativa y entrañable a Jesucristo, reavivada a través del año litúrgico y de múltiples devociones. Y, sobre todo, en los que se dejaban atraer por Jesús y obedecían al impulso del Espíritu, al vivir como verdaderos discípulos, aunque sin saberlo, se daba una especie de instinto espiritual para absorber y asimilar cualquier noticia que recibían sobre Jesús y hacerla vida. Nunca se perdió en nuestra Iglesia la referencia fundante a Jesucristo, aunque es cierto que ese vacío de la palabra de Dios, recibida sistemática y discipularmente a través de la lectura orante, personal y comunitaria, de los evangelios, sí repercutió muy negativamente.

#### *2.4 Hay que arbitrar modos de llegar a los evangelios; pero nunca hay que olvidar la actitud de escucha porque en ellos habla Jesucristo*

Gracias a Dios, el concilio repuso en la Iglesia católica la subjetualidad de todos los bautizados, todos hermanos, todos, pueblo de Dios. Todos, por tanto, con el deber y derecho de alimentarse con el alimento sólido del evangelio: la palabra de Dios, en donde nos habla Jesucristo, cuando la leemos o escuchamos con fe, como discípulos, para seguir al Maestro. Por eso el Concilio exhorta a asumir los modos tradicionales de llegar al texto y a arbitrar otros nuevos: “Lléguense, pues, gustosamente al mismo sagrado texto, ya por la sagrada liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios que con la aprobación o el cuidado de los pastores de la Iglesia, se difunden ahora laudablemente por todas partes” (oc.).

Al traducirse la liturgia en tiempos del Concilio, sí pueden escucharse inteligiblemente una y otra vez los textos y pueden llegar a calar. También han aumentado los libros de espiritualidad que glosan de un modo u otro el texto sagrado. Y, sobre todo, el concilio se refiere a los cursos bíblicos que empezaban por entonces. Al calor de esa exhortación, proliferó desde Medellín entre nosotros la lectura orante

comunitaria de la Biblia, así como multitud de cursos bíblicos, así como ahora, en esta atmósfera “preconciliar” un tanto monastizada, se empieza a difundir, sobre todo entre la vida religiosa femenina, el rezo de las Horas y la *lectio divina*.

Pero el Concilio teme que predomine un manejo científico del texto o que se lo lea como si fuera un libro de ayuda de los que tanto proliferan, y por eso la cita que comentamos se cierra con esta advertencia, siempre oportuna: “No olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el ser humano; porque ‘a él le hablamos cuando oramos, y a él le oímos cuando leemos las palabras divinas’”. El texto nos recuerda algo que está en el corazón del cristianismo, si en verdad lo vivimos como revelación histórica y no como un acceso, entre otros, al absoluto o como una comunidad cultural o como una religión tradicional. Desde la perspectiva cristiana lo decisivo no estriba en comunicarnos con Dios para pedirle que socorra nuestras necesidades o satisfaga nuestros deseos o para darle gracias porque nos los ha cumplido o para pedirle perdón por nuestros pecados. Todo eso tiene sentido, pero es derivado y, menos lo último, condicionado.

Lo propiamente cristiano, como culminación de la revelación veterotestamentaria, es que Dios habla y el ser humano escucha y obedece<sup>28</sup>. Le dijo a Abraham: “sal de tu tierra” y a Moisés: “baja a Egipto a liberar a mi pueblo” y a los profetas: “dí a mi pueblo”. En esa secuencia Jesús es la palabra humanada de Dios. En Jesús Dios nos ha dicho que sí definitivamente. En adelante, escuchar a Dios es escuchar a Jesús. Y a Jesús lo escuchamos en los evangelios. Por eso no se trata de leerlos para dominarlos sino para escuchar en ellos a Jesús y seguirlo. Obedecer significa textualmente oír obsecuentemente (*ob-audire*): eso es lo que se nos pide al leer u oír leer los evangelios. De eso, ante todo, se trata. En ellos Jesús es Señor. “Mi señor y mi alma”, como dice Melibea a Calixto, e infinitamente más<sup>29</sup>. Señor, porque nos hemos entregado a él por amor, como respuesta a su entrega absoluta e incondicionada a nosotros: él nos amó primero. Por eso nos fiamos de él. Por eso le oímos con fe y seguimos lo que nos dice. Y porque él es infinitamente digno de nuestro amor.

---

28 Después de leer mensualmente, en lectura orante comunitaria, durante quince años el evangelio de Marcos en una comunidad, les pregunté cuál era la mayor adquisición a través de ese largo proceso. De lo mucho que comentaron, lo que más me ayudó a mí fue que dijeron que antes de comenzar ellos pensaban que la relación con Dios era para darle gracias y pedirle; pero que a través esos años habían llegado a comprender que lo decisivo consistía en escuchar su palabra y ponerla por obra.

29 Rojas, *La Celestina*, décimonono auto. Cátedra, Madrid 2004, 322. Es infinitamente más porque el amor que suscita Jesús es absolutamente integral y liberador

No cabe duda de que hoy hay más acceso a la Biblia entre el pueblo cristiano; aunque todavía falta muchísimo para que los evangelios lleguen a ser nuestro libro de cabecera y nuestro lazo de unión. Hay, sobre todo, hambre de evangelio y cuando se accede a él discipularmente se palpa su inagotable fecundidad.

### *2.5 La palabra de Dios es palabra humana encarnada en tiempos y culturas; hay que mediar esa distancia*

Sin embargo, hay que reconocer la dificultad que entraña acceder a ellos porque fueron escritos por personas de otra cultura y otra época para sus comunidades cristianas y para la misión entre sus comunidades humanas.

Es verdad que los documentos escritos a lo largo de la historia en los que más rezuma la humanidad cualitativa, a pesar de evidentes oscuridades y malentendidos, siguen siendo en el fondo accesibles y alimentando a muy diversas personas de todas las épocas, que dialogan humanamente con ellos con fruición y provecho. No se puede obviar el hecho de la interculturalidad, palpable sobre todo en la literatura y, más aún, en el arte. El Occidente en su expansión a través del mundo, a pesar de su carácter imperialista y de su pretensión de superioridad, siempre admiró, y por eso robó, las riquezas artísticas de otros pueblos. De un modo más general, hoy, en esta época de globalización, a pesar del carácter occidentalizador de la dirección dominante, muchos seres humanos de culturas diversas se entienden e intercambian con provecho.

Eso pasa, sin duda, también con la Biblia y más en concreto con los evangelios. En concreto en los evangelios es obvio que unos pasajes son más accesibles que otros y aun unos evangelios se entienden más que otros. También la actitud discipular de abrirse a ellos, colocándose en una actitud perceptiva, poniendo de algún modo entre paréntesis nuestras precomprensiones o por lo menos relativizándolas, ayuda a que el texto dé de sí.

Todo esto es verdad y ha de ser tomado muy en cuenta; pero también es verdad que el Espíritu ayuda a interpretar, a discernir, a aplicarse a la propia vida lo que se lee, pero no a entender el texto. Existe, en unos casos más, en otros menos, una distancia que exige ser mediada.

Esto lo toma en cuenta muy expresamente el Concilio: “Habiendo hablado Dios en la Sagrada Escritura mediante seres humanos y a la manera humana, para que el intérprete de las Sagradas Escrituras comprenda lo que él quiso co-

municarnos, debe investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los hagiógrafos y plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos (...) Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los seres humanos”<sup>30</sup>.

### 2.6 *Las citas descontextuadas no hacen justicia al carácter histórico de la revelación y la Escritura*

Esto no suele tomarse en cuenta. El problema no es sólo de los fieles o de muchos predicadores y autores de libros de devoción de todos los tiempos, sino también de los teólogos escolásticos y del magisterio<sup>31</sup>. Esta utilización de la Escritura a través de citas descontextuadas, llamadas técnicamente “*dicta probantia*”, es decir citas para probar con la autoridad de la Escritura lo que habían concluido sin ella, lleva con frecuencia a la arbitrariedad. La Biblia no es, como debería ser, la fuente de la doctrina sino que sirve, por el contrario, para sacralizar con la autoridad de la Biblia aquello a lo que se había llegado sin ella. De este modo lo que es discutible se presenta como indiscutible al fundamentarlo, sin debido fundamento, en la Escritura<sup>32</sup>.

Vamos a poner algunos ejemplos que no dejan lugar a duda para que se vea lo arbitrario e incluso lo pernicioso de esta práctica. En la bula *Unam sanctam*<sup>33</sup>, Bonifacio VIII establece que en poder del Vicario de Cristo, cabeza de la Iglesia, hay dos espadas: una espiritual y otra temporal. Que esto es así lo prueba con el

30 DV 12

31 También suelen caer en ese tipo de lectura muchas Iglesias libres evangélicas y pentecostales

32 “A causa de su orientación especulativa y sistemática, la teología ha cedido con frecuencia a la tentación de considerar la Biblia como un depósito de *dicta probantia*, destinados a confirmar las tesis doctrinales” (Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. III D 4. PPC, Madrid 2000,109). Esa inclinación la remonta a la patristica: “Salvo algunos exegetas de la Escuela de Antioquía (Teodoro de Mopsuestia en particular), los Padres se sienten autorizados a tomar una frase fuera de su contexto para reconocer allí una verdad revelada por Dios. En la apologética, frente a los judíos, o en la controversia dogmática con otras teologías, no dudan en apoyarse sobre interpretaciones de este tipo” (Oc, III B 2, 94). Rivas, *La integración de la exégesis en la reflexión teológica*. Revista Teología (Argentina) 84,2004,117-134. Palacio, *Da “Humani generis” à Fides et ratio*”. Persp. Teol. (1999)13-27. Pastor, *Escritura y teología*. En Alonso, oc,724-751

33 Dezinger/ Hunermann, *El Magisterio de la Iglesia 873*. Herder, Barcelona 2006,380-381

evangelio (Lc 22,38). Ambas, pues, están en poder de la Iglesia, pero con una diferencia: la espiritual la empuñan los sacerdotes y la temporal los reyes y soldados, pero subordinada a la voluntad y consentimiento del sacerdote. Como lo espiritual es superior a lo temporal, así el poder espiritual, por su dignidad y nobleza, está sobre el temporal.

Cómo se ve, la cita encierra un abominable sarcasmo: esa expresión la dicen los apóstoles en la última cena, porque no han entendido la ironía de Jesús cuando afirma que los tiempos que van a venir serán tan malos que el que tenga un manto, lo venda y se compre una espada. Ellos responden que ya tienen dos. Jesús, al cerciorarse de que no se quieren abrir a su mentalidad, corta la conversación y se dispone a encarar desarmado su muerte. Cuando en el huerto, echen mano de la espada, también les cortará en seco repitiendo lo mismo: “¡basta ya!”.

Pero en la bula el vicario de Cristo afirma que el propio Jesús le dio a Pedro las dos espadas: la temporal y la espiritual. La utilización de la cita expresa el mismo despiste de los discípulos, el que ellos corrigieron después de la venida del Espíritu y por eso murieron a manos de los que usaban espada. La cita se utiliza, en cambio, para contradecir a Jesús.

León XII, para complacer a Fernando VII, escribe una bula en contra de los latinoamericanos que luchaban por la independencia. Citando la parábola evangélica, afirma que ellos son la cizaña que el Enemigo sembró en el campo del Señor. La utilización de la cita es tremendamente discutible porque no parece un juicio histórico acertado afirmar que el régimen infecundo de Fernando es el campo del Señor y que por eso quienes pretenden acabar con él sean cizaña. Pero, si hay que descalificar la lectura que hace de los signos de los tiempos, lo que resulta de todo punto inadmisibile es la conclusión que saca, ya que, contradiciendo expresamente el precepto del Señor, insta a arrancar la cizaña<sup>34</sup>.

La misma utilización irrespetuosa de la Escritura se da cuando se afirma que Jesús fue un mesías político y, en ese sentido político, un revolucionario<sup>35</sup>, o cuando se lo califica de el primer socialista.

Como se ve, son muy graves y de consecuencias a veces funestas, las aberraciones que se pueden cometer utilizando la Biblia como si fueran palabras dictadas directamente por Dios y no, como insiste el concilio, palabras encarnadas en la

34 *Etsi longissimo.*

35 Cullmann, *Jesús y los revolucionarios de su tiempo.* Studium, Madrid 1971; Sobrino, *Jesu Cristo Liberador.* Trotta, Madrid 1991, 273-280

historia, que tienen que ser comprendidas en el lenguaje y los géneros literarios de los que escribieron y en sus contextos culturales<sup>36</sup>.

### *2.7 Actitud imprescindible para una lectura histórica y modos de hacerla*

Ahora bien, no se hará ese esfuerzo de aproximarse al texto para ver qué quiere decir, si no se capta que en él habla el Maestro y no nos entendemos como discípulos, vivamente interesados en seguirlo y no en que él avale lo que pensamos y hacemos. Sin esa determinación de escuchar obediencialmente al Señor Jesús, no emprenderemos el camino largo y exigente de acercarnos al texto con todo respeto.

Este camino puede hacerse fundamentalmente de dos modos: mediante cursos, mediante el estudio continuo de la Biblia, sobre todo de los evangelios, un estudio adaptado a cada ambiente cultural, pero en todo caso exigente, en cuanto a la actitud de llegar en verdad al texto y en cuanto a los métodos, y perseverante, de tal modo que el estudio anteceda a la lectura orante comunitaria; o haciendo esa labor propedéutica en cada caso como un aspecto preliminar de la lectura orante comunitaria.

Poniendo el símil de conocer una ciudad, se puede empezar mediante el estudio de planos y el estudio sistemático de sus diversos aspectos y luego lanzarse a ella o se la puede patear despaciosa y asiduamente y ver y explicar cada cosa en concreto, cuando se está ante ella. El primer método tiene a su favor la claridad de conjunto y como desventaja la dificultad de mantener el interés, digamos, escolar y además la desvinculación entre el estudio y la oración; el segundo tiene la ventaja de la unidad y la desventaja de que el acompañante debe dominar los textos para poder hacer el acercamiento con sencillez y brevedad y además que no todos los textos se prestan para eso, ya que algunos requieren una mediación más laboriosa.

La práctica nos ha mostrado que esto puede hacerse perfectamente con gente popular, siempre que el acompañante esté empapado de la Biblia. Ahora bien, debe hacerse en todo caso. Esto implica que nunca puede comenzarse con la pregunta de qué nos dice el texto. El respeto que él nos merece por ser palabra de Dios, por hablar en él el Maestro, exige comenzar averiguando qué dice. Exige que nos hagamos presentes a la escena, como si fuéramos contemporáneos de Jesús, exige, pues, el esfuerzo de hacernos de algún modo, contemporáneos suyos. Sólo después

---

36 Sobre la interpretación de la Sagrada Escritura, ver Alonso, oc, 418-480

de que haya quedado claro qué dice, es pertinente regresar a nuestra situación y preguntarnos qué nos ha querido decir el Señor a cada uno a través de ese pasaje<sup>37</sup>.

A nuestro modo de ver, el fondo del problema es doble: Por un lado, que no acabamos de asumir que el cristianismo es una religión histórica, en el doble sentido de que se basa en acontecimientos históricos y que se desarrolla a través de ellos<sup>38</sup>. Sólo desde esta perspectiva tiene sentido el seguimiento de Jesucristo. Si la consideramos, por el contrario, como algo sectorial y cíclico que va pautando la existencia personal y social, algo, por tanto, epifánico y conductual, que acontece en el culto y determinados comportamientos, los evangelios serán en todo caso secundarios, ya que el acceso a la divinidad se da fundamentalmente en el culto y complementariamente en las devociones.

Relacionado con el carácter histórico del cristianismo está, como hemos insistido, su carácter de encarnación kenótica y su trascendencia a toda cultura, aunque desde el interior de cada una. Esto implica que el seguimiento de Jesús siempre trae aparejado de un modo u otro la cruz. Ya hay suficiente experiencia histórica para estar seguros de su fecundidad, pero el precio es tan alto que hay la tendencia personal e institucional de canjear el seguimiento por otro acercamiento menos costoso.

Frente a esto no nos queda sino repetir la frase de Jerónimo que cita el concilio: el desconocimiento de las Escrituras, es desconocimiento de Cristo. Sólo, repetimos de nuevo, si Jesús de Nazaret es nuestro Señor, por ser nuestra vida, entregada humana, incondicional y fraternamente, estaremos dispuestos a seguirlo con alegría y por tanto a tener siempre ante los ojos y en el corazón los santos evangelios. Ésta es la propuesta del Concilio.

## **PARTE TERCERA: EL SEGUIMIENTO DE JESÚS A PARTIR DE LOS EVANGELIOS ¿ES LO QUE DA EL TONO A NUESTRA IGLESIA?**

Tenemos que preguntarnos si en nuestra Iglesia se ha dado el tránsito de una Iglesia que se relacionaba con su Señor Jesucristo a través del año litúrgico y las devociones, a una Iglesia que lo conoce a través de la contemplación de los evangelios y se esfuerza en seguirlo con la luz y la fuerza del Espíritu hasta que

37 Vanni, *Exégesis y actualización a la luz de la "Dei Verbum"*. En Latourelle, oc 235-246

38 Trigo, *La resurrección de Jesús*. ITER 37-38 82005)250-274

llegue a su encuentro<sup>39</sup>. Esta cuestión puede desglosarse en dos: ante todo, si por lo menos se propone, y luego, lo que es lo más importante, si de hecho se ha dado o se está dando ese tránsito.

### 3.1 *Lo que presupone la propuesta del Concilio Plenario de Venezuela*

No se puede dudar de que la propuesta se ha dado al nivel de autoridad más alto posible en una Iglesia: el Concilio Plenario de Venezuela. Tanto es así que el encuentro personal con Jesús de Nazaret para entregarnos a él, de modo que ese encuentro transforme nuestra vida, y la entrega de los evangelios al pueblo como acto de tradición constituyente, son no sólo las primeras decisiones del Concilio sino dos de sus cuatro ejes transversales<sup>40</sup>.

Si esta propuesta ha sido plasmada en el concilio plenario de modo extenso y razonado y el concilio ha sido llevado a cabo por cristianos venezolanos, eso significa que de algún modo está ya en marcha, porque nadie da lo que no tiene. ¿Cómo habrían podido plasmarse esos textos, si ninguno de los participantes los tenía en su corazón? Incluso, aunque provinieran de una minoría ¿cómo los aprobó la mayoría, si no los sentían como la propuesta de Dios para nuestra Iglesia? Así pues, esos textos, eximios, expresan lo que el Espíritu dice a nuestra Iglesia y lo que gente de nuestra Iglesia ha sido capaz de discernir como designio de Dios para ella y, por supuesto, para ellos mismos dentro de ella y como sus representantes.

Pero, si el Concilio propone ese encuentro personalizado con Jesús de Nazaret y esa entrega de los evangelios al pueblo, es porque, a pesar de que reconoce, como nosotros acabamos de hacer, que no faltan entre nosotros, es porque a nivel general no se han dado o se dan muy incipientemente. Así pues, habría que reconocer humildemente que ellos no dan el tono a nuestra Iglesia venezolana.

### 3.2 *Los modos de acercamiento a Jesús que tienen vigencia ¿hasta qué punto contienen al Jesús de los evangelios?*

La primera razón es que encontrarse personalmente con Jesús a través de los santos evangelios es una propuesta en cierto modo inédita en nuestra Iglesia,

39 Trigo, *Discípulos de Jesucristo en América Latina hoy*. ITER 42-43 (2007)341-392

40 Trigo, *Concilio Plenario de Venezuela/ una constituyente para nuestra Iglesia*. Gumilla-Distribuidora Estudios, Caracas 2009,299-320

ya que como Iglesia postridentina que fue y en grandísima medida sigue siendo, conocía muy poco al Jesús de los evangelios porque no conocía los evangelios. Medio milenio, en nuestro caso toda la andadura de nuestra Iglesia, no se borra de un plumazo.

Pero el problema no es sólo que no se conocía sino que ese vacío no se sentía como tal porque había sido ocupado con otras expresiones religiosas y en el caso de que se refirieran a Jesús, con otros acercamientos a él. La pregunta es si esos acercamientos retenían de algún modo elementos fundamentales del Jesús de los evangelios.

Creo que la respuesta es paradójica porque quienes menos contacto explícito han tenido con la institución eclesiástica y con los evangelios son quienes más cercanía sienten con el Jesús que aparece en ellos. En efecto, en el seno del pueblo pobre y oprimido es donde, en medio de indudables sincretismos, se da una cercanía más real. En cambio mucha gente clericalizada que ha oído con frecuencia pasajes y citas de los evangelios venera a un Jesús más deshistorizado, cuyos rasgos son menos cercanos e incluso menos compatibles con los del Jesús que presentan los evangelios. El problema de raíz estaría en el Cristo con el que se relacionan y transmiten bastantes de la institución eclesiástica.

Creo que el acercamiento que más ha retenido a Jesús de Nazaret es la imagen y la devoción a Jesús el Nazareno, cargado con la cruz, camino del Gólgota. Esa expresión cristiana del pueblo latinoamericano contiene dos perspectivas fundamentales que se corresponden: desde el punto de vista de Jesús expresa su mesianismo asuntivo: el Cordero inocente carga con el pecado del mundo y esa carga es tan excesiva que está completamente exhausto, casi en agonía. Pero no es una figura de derrota y menos aún de resignación. El que camina casi aplastado por esa carga injusta e inhumana, no es un derrotado; al contrario, tiene sobre sí todo el poder de Dios, manifestado en las tres potencias que irradian en su cabeza. El imperio que lo condenó y lo está enviando a suplicio y los dirigentes religiosos que lo entregaron a él están siendo derrotados por el que es capaz de cargar con su pecado y así quitarlo del mundo. Hay aquí la intuición, radicalmente cristiana, de que al pecado-del-mundo no se lo vence imponiéndose sobre sus representantes sino exponiéndose indefenso a ellos sin quebrarse sino, por el contrario, consumando su actitud de entrega para la vida del mundo. El pueblo sufrido que lo carga y sigue, siente sobre sí la fuerza de ese amor sufrido y, en definitiva, triunfante. Y por eso se siente confortado.

De parte de ellos, ellos saben que son pecadores, que no son inocentes como Jesús; pero están también seguros de que el peso agobiante que soportan no es el de sus pecados sino el que echan sobre ellos los dirigentes y usufrutuadores de este orden injusto. En este sentido se sienten como Jesús y saben que sufriendo con él, ese sufrimiento no será estéril. No hay ningún dolorismo; ellos no quieren sufrir así, como tampoco lo quiso Jesús ni su Padre. Ellos tratan de hacer todo lo posible, tanto por mejorar su situación como porque la situación sea más justa. Pero mientras tanto, saben que van en buena compañía y que el Dios de Jesús tiene la última palabra, que será de descanso, de paz y de bien, de un mundo donde habite la justicia: el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

Creemos, pues, que en esta devoción a Jesús Nazareno late el misterio salvador del evangelio. No pretendo afirmar que todos los devotos del Nazareno se relacionan con él como hemos indicado, pero sí afirmamos que éste es el sentido de esta devoción, tal como la viven quienes ellos reconocen como mejores cristianos. En ella se cumple de forma eximia lo que dice Puebla, que “la religiosidad popular, en cuanto tiene encarnada la Palabra de Dios, es una fuerza activa con la que el pueblo se evangeliza constantemente a sí mismo”<sup>41</sup>.

No podemos, sin embargo, decir lo mismo de muchas otras devociones ni de propuestas que están muy en boga. Por ejemplo, entre los jóvenes que viven un cristianismo moderno Jesús es presentado y asumido como el Amigo con mayúsculas, el Amigo disponible siempre y fiel, el Amigo que aconseja y acompaña, el Amigo que se siente muchas veces en el fondo del corazón, el Amigo que convoca al grupo, a quien se refieren con gran entusiasmo las consignas que corean y las canciones que entonan, y cuya imagen y nombre se lleva en la franela, en la gorra, en afiches que presiden los lugares donde se reúnen y las piezas en donde viven y estudian. Todo esto es muy hermoso. El problema comienza cuando se pregunta por los rasgos de ese Amigo. Si uno repasa las oraciones y la letra de las canciones y las referencias que se expresan ¿aparecen alusiones a los evangelios, escenas evangélicas? ¿Quién es ese Amigo que se llama Jesús? ¿Es concretamente Jesús de Nazaret? En la intención, obviamente, ¿pero en los rasgos concretos? En esos grupos ¿son los evangelios el libro de cabecera y el pan de cada día? ¿Qué pasa entonces con los asesores y acompañantes?

No pretendo decir que es todo extravío; por el contrario, tenemos que presuponer que no pocos de esos jóvenes aceptan la atracción trascendente de Jesús y obedecen al impulso de su Espíritu y, en tanto se relacionan con él atemáticamente,

---

41 Puebla 450

tienen un instinto espiritual para acertar. Pero también hay que reconocer que la ausencia de la mediación de los evangelios es proclive a construir imágenes de Jesús como proyección de carencias y anhelos de cada persona y del espíritu del grupo o de la institución.

La devoción que más elementos contiene de los evangelios es el rezo del santo rosario ya que los misterios que se contemplan son los de la vida de Jesús y lo que se reza contemplándolos son el Padrenuestro, que es la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, y el Ave María, que, en su primera parte, contiene puras palabras del evangelio. No cabe duda de que es la devoción que el pueblo latinoamericano ha tomado en sus manos y alimenta su fe, sobre todo en acontecimientos que lo convocan.

La limitación es la misma del Credo y el catecismo que lo glosa: se refiere sólo a lo significativo de su nacimiento, de su pasión y muerte y de su resurrección, pero deja completamente de lado toda su vida y, sobre todo, su misión, como si no tuvieran significatividad y relevancia. Y sin embargo, la pasión y resurrección no son otra cosa que la culminación de su vida y la afirmación y exaltación que de ella hace su Padre. Si no se entiende su vida y misión, no se comprende el sentido de su pasión y su resurrección. Y cualquier sentido que se dé al margen de ellas, no es su sentido propio y verdadero, ya que Jesús no fue condenado por un malentendido sino porque los dirigentes rechazaron su propuesta y su persona que la encarnaba.

Está muy bien que se tematicen su muerte y resurrección. La muerte porque en ella desembocan todas las vidas humanas, y porque la de Jesús, como la de tantos otros, encierra el escándalo de que no fue natural sino violenta, como son las de los que mueren no sólo por armas sino por desnutrición y enfermedades de pobres. La sociedad actual invisibiliza la muerte porque no se atreve a enfrentarse a ella. Los cristianos, sobre todo el pueblo, la afrontan hasta encontrarle sentido en la muerte de su Señor. La resurrección porque, si los cristianos afirmamos que en esta historia se incubaba lo definitivo, también sostenemos que ello alcanza su plenitud y consumación en la eternidad de Dios.

Todas las fuentes cristianas subrayan que la muerte es el desemboque de la vida y la resurrección su fruto. Si la vida es inhumana, la muerte consume su sinsentido; si la vida es entregada por amor, la muerte sella esa entrega y la resurrección es la cosecha, como subrayan las parábolas y sentencias sobre la semilla. Por eso, si se omite la vida de Jesús, no se puede precisar el sentido de su muerte y resurrección, y así se oscurece también el sentido que para los cristianos tiene esta vida. Y por eso el pueblo creyente y sufriente tiende a entenderla como un destierro

o como una prueba, y los cristianos de clases medias y altas, como el tiempo de hacer méritos, como la ocasión para dedicarse al negocio de la salvación, que es el que más importa, y no se la percibe como seguimiento de Cristo y participación de su misión.

### *3.3 La helenización del cristianismo, al deshistorizarlo, ladea el seguimiento de Cristo*

Ése fue uno de los precios terribles de la helenización del cristianismo: su deshistorización, ya que se trata de una cultura esencialista y cíclica que desconoce la historia. Está regida por la medida y puede acontecer que no se llegue a ella y entonces se mueve en lo infrahumano o que se la sobrepase y se provoque la tragedia. Pero se desconocen los acontecimientos transformadores, los propiamente históricos. En ese esquema el acceso a Jesús no es el seguimiento transformador de las personas y de las situaciones, como es en los evangelios, sino la comunión misteriosa ritual.

Se da un círculo vicioso: la inercia de la helenización ladea los evangelios y privilegia la doctrina y en definitiva el culto, y deja de lado el seguimiento; y, al no tener los fieles contacto en fe con los evangelios, no pueden arribar al seguimiento, superando la helenización. Esta inercia se refuerza, como hemos venido insistiendo, por el costo vital que entraña la apertura incesante que provoca y demanda el seguimiento y que lleva de un modo u otro a participar de su pasión.

Esta ausencia de Jesús de Nazaret, de su historia y su misión, es tan maciza que ni siquiera se puede afirmar su presencia en el modo como no poca gente de iglesia participa en la Eucaristía. Creemos que en este tipo de personas que tradicionalmente vienen a misa se ha pasado de no comulgar casi nadie a comulgar casi todos, pero, por lo que parece, sin reconocer el cuerpo del Señor (1Cor 12,28), ya que a no pocos se les ve casi distraídos mientras lo reciben y después.

El problema estriba, a nuestro modo de ver, en que no se celebra la Cena del Señor, y no se la celebra porque no hay comunidad sino que cada quien va a cumplir con Dios como manda la Iglesia, que se entiende que es asistir a lo que hace el sacerdote, cuya comprensión se escapa en gran medida. Falta de raíz, como venimos diciendo, el concepto de religión histórica y por tanto de religación con Jesús de Nazaret, al que conocemos por los evangelios, cuya memoria viva es la Cena del Señor. Falta en primer lugar en los responsables y por eso falta la solicitud por entregar los evangelios al pueblo.

### *3. 4 Lo que está en juego hoy día*

Lo trágico de esta infidelidad, inadvertida y por eso difícil de corregir, es que al sustraer a los fieles los evangelios, se dificulta y casi se impide el acceso vivo a Jesús de Nazaret, a su historia viva, consignada con la asistencia del Espíritu en los evangelios.

Por eso con toda verdad muchísimos de los que se hacen evangélicos o pentecostales alegan que en esa congregación concreta se han encontrado con Cristo y se han entregado a él, porque mientras vivían en el catolicismo nadie les había hablado personalmente de Cristo, nadie los había puesto en relación directa y personal con él, para que se convirtieran a él.

No es exagerado decir que la mayoría de los católicos practicantes desconocen los evangelios, incluso la mayoría de las religiosas y, en cierto modo también de los presbíteros, aunque hayan estudiado Biblia.

La personalización estrictamente cristiana se da en la relación personal con Cristo, que no es otro que Jesús de Nazaret. No basta con proclamarlo nuestro más íntimo Amigo, o confesarle sincerísimamente “Señor mío y Dios mío”. Porque ¿cómo voy a seguir el consejo que me da mi Amigo u obedecer a mi Señor, si no sé casi nada de él, si no sé lo que piensa y siente, si desconozco su mentalidad, si no estoy familiarizado con su historia, si no estoy comprometido con su misión, porque nadie me ha convocado a ella?

Para decirlo de modo más preciso, discípulo de Jesús es quien lo sigue y sólo a través de los evangelios podemos conocer su vida para seguirlo en una relación discipular, es decir un conocimiento de fe en orden al seguimiento. Tenemos que decir con dolor que ésa no es hoy la propuesta de la Iglesia católica entre nosotros, al menos no lo es mayoritariamente. Por eso tenemos más una adscripción identitaria tradicional que una opción personal. En efecto, la persona nació en un ambiente católico y se sigue considerando católica; se siente bien así y no encuentra motivos para hacer ningún cambio. Pero el proclamarse católico no entraña unas relaciones constituyentes, ante todo con el Dios de Jesús y con Jesús de Nazaret y luego con la comunidad cristiana, ni una entrega a seguir a Jesús participando de su misión al mundo, no entraña fidelidades ni solidaridades fundamentales. Significa, a lo más, algunas prácticas rituales y algunos límites en el comportamiento, y en todo caso un sentido de pertenencia más o menos vago o arraigado. Un cristiano así tiene ciertamente simpatía hacia la persona de Jesús, siente incluso una referencia a él, en algún sentido normativa. Pero no es capaz de fundamentar esa referencia ni de sacar las consecuencias que entraña para su vida.

Estamos convencidos de que esta identidad cristiana tiene los días contados. Si estas personas no encuentran quienes los introduzcan a una relación viva y personal con Jesús de Nazaret, en menos de un decenio dejarán de ser cristianos. Y sería una pérdida, más todavía para el país que para la Iglesia. Porque en esta época que se abre de mercado totalitario a nivel global y de totalitarismo estatal en el país, es decisivo que se proclame de modo convincente y, más todavía, que se haga presente en testigos fehacientes la propuesta humana que encarna Jesús. Ella liberará nuestra libertad para no entendernos como meros individuos que nacen de ellos mismos y que buscan sólo su interés, ni como súbditos de un mandatario que es el único que ordena y manda. Invertir la humanidad de Jesús desde nuestra realidad personal y social nos capacita para aceptarnos como hijos de Dios y entrañados en esta tierra y esta historia, que nos han hecho posibles y de la que nos responsabilizamos, y para edificarnos como hermanos en medio de nuestras diferencias, que se buscan no suprimir sino armonizar para bien de todos. Por eso es tan importante la propuesta del seguimiento de Jesús en base a los evangelios.

Ésta es, insistamos, la propuesta conciliar y la de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, y para los católicos venezolanos, la propuesta muy expresa y pormenorizada del Concilio Plenario de Venezuela (2000-2005). Y, si durante estos cincuenta años ha sido propuesto por estas instancias con tal autoridad y persistencia, es que había cristianos y grupos de cristianos, entre ellos obispos y teólogos, que ya lo vivían y que lo apreciaban tanto, que quisieron compartir con todos este tesoro que vivificaba sus vidas y las fecundaba, para no privar a los creyentes de lo que es el alma del cristianismo.

Estos seguidores conscientes de Jesús de Nazaret, entre los que se encuentran, sobre todo, los pobres que viven en comunidades cristianas, los que adecuadamente podemos llamar pobres con espíritu<sup>42</sup>, y muchos otros solidarizados con ellos, no sólo viven a plenitud la autonomía cristiana responsable y se hermanan con un lazo sagrado en la lectura orante comunitaria de los evangelios, sino que, de ese modo, además de vivir esponjadamente en esta situación de pecado, irradian en ella el buen olor de Cristo y por el servicio desinteresado a sus hermanos prosiguen la misión de Jesús, iluminando y fecundando los ambientes en los que viven. A este seguimiento somos convocados todos.

---

42 Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios*. ST, Santander 1984,70-79